

No reconozco institución, ni emblema,  
ni cosa viva que te encierre entera;  
y no me veda el nombre tuyo, Patria,  
nada en la vida.

Porque también tú estás en mí; mis obras,  
Patria, las unges de tu unción excelsa;  
y yo soy tú, como mi Rey: del mío  
nace su cetro.

Porque también te labrarán mis manos,  
y al tuyo, en llamas, pasará mi espíritu;  
porque también, para que tú devengas,  
quemó mi sangre.

Patria, depón, en tu salud, recelos,  
que eres virtud y no te alcanza herida;  
Patria, en las manos de tus hijos todos,  
va tu estandarte.

Tiende las alas, aquilina, y vuela.  
Y si las nubes atraviesa el rayo  
y tu plumaje las tormentas rizan,  
vuela serena.

Que, por volar inalterable el águila,  
sola y caudal en la tormenta esquiva,  
Patria, en las garras, á su arbitrio augusto,  
lleva los rayos.



## El último camino



### I

Palpita el aire vasto  
de los callados universos: siente  
en su nevada página el ambiente  
la estampa recia del logrado fasto...  
El aire, el aire inmenso,  
luengo, luengo, insondado, innovador;  
el aire del incienso,  
el aire del Señor,  
el aire de las quietas soledades,  
el aire de las voces misteriosas,  
el de las tempestades,  
el de las claridades,  
libre del hombre y libre de las cosas;  
el vago aire lejano,  
el astral aire fino,  
el noble aire divino,  
el aire sobrehumano,  
el aire, el aire, el aire,  
el inefable y el indefinible,  
el aire, el aire, el aire,  
ingrávido, imprevisto, inasequible,  
va á ser nuestro, mortales:

considerad el imperial momento;  
inauguráis destinos siderales,  
acoplad al poder el sentimiento:  
vuestro carro va á hollar el firmamento  
que cruzaron ayer los inmortales.

## II

Hermanos: los caminos  
que cruzaréis veloces,  
son los mismos caminos  
que han estado hasta ayer sin peregrinos,  
resonando, solemnes, á las voces  
de los genios divinos.

Mortales: enseñad divinidad  
á la ambición, á la manera, al gesto:  
el aire es vuestro; pensad bien que en esto  
mortales, os vestís de eternidad.

## III

¡Oh, yo quisiera manos virginales  
y vestiduras de flotante lino  
y la paz de unas vidas aurales  
y un nuevo sér y un superior destino,  
hoy que llegas, temblando, á los umbrales,  
Humanidad, del ideal camino!

## IV

Como hostia blanca, llena  
de espíritu tan sólo, yo querría,  
Humanidad, hermana y madre mía,  
verte romper la ingravidez serena;

pero el genio potente  
que te alza en el ambiente,  
que te sume en aereos resplandores,  
sentirá fatalmente  
de tus gotas de sangre  
el hilo resbalar sobre su frente,  
¡oh caliz de dolores,  
Humanidad doliente!

## V

Aire vasto, prepara  
la exánime impiedad de tus quietudes  
al humano clamor, que entra en ti, para  
dar nuevo rumbo á nuevas inquietudes.  
Tiemblen en sus profundos laberintos,  
aire, las tempestades;  
que nuestros odios y nuestros instintos  
van á rodar por esas soledades.  
Suba la niebla azul á las estrellas  
á tejerles espesa veladura,  
que llega el hombre y hará ofensa en ellas  
sangre y fango en brutal salpicadura. . .

## VI

¡Oh nuevo horror, oh nueva lucha, oh nueva  
tragedia casi astral, definitiva!  
¿Terminará la prueba?  
Dioses: ¿escucharéis á la cautiva  
Humanidad que se alza de la gleba?

## VII

¡Temblad, si no! . . . — Ya ha roto la muralla  
que le hicisteis; ya hendió su sepultura  
el dolor; ya se apresta á la batalla  
y es vasta como el aire la Amargura.  
En el sitio de Dios, el alarido  
del dolor va á tronar como un dictamen;  
y todo el universo, estremecido,  
va á ser humano, cuando en él derramen  
los humanos su gesto dolorido. . .

## VIII

La tragedia culmina;  
la inmensa flor de sangre ya está abierta.  
— Humanidad, doliente peregrina,  
¡alza devotamente esta cortina,  
que estás llegando á la postrera Puerta!



## La nueva edad (\*)



## I

Vivimos los días rojos, corazón:  
que la Ley en dos pedazos rota está;  
que una edad está acabando, y estos son  
los monstruosos balbucesos de otra edad.

## II

Francia, nuevamente has sido la leona:  
tú, viciada, corrompida, decadente,  
no has querido que cayera la corona  
de los rubios artificios de tu frente.

Tus soberbias cortesanas, Francia loca,  
y las joyas de sus mantos suntuosos,  
sus gargantas y los besos de su boca,  
¿te dan fiebre, en estos días pavorosos?

Porque nadie como tú, que eres tan tierna  
en la gracia femenina de tu halago,  
sacará de los rincones de taberna  
tu sangrienta catadura de virago.

(\*) Está escrita á raíz de las huelgas en el Mediodía de Francia, que tuvieron una represión sangrienta por el gobierno de Clemenceau.

Aun fermentan, no espumados, por Europa,  
de tu viejo Vendimiario los vapores,  
y ya veo, entre tus manos, otra copa  
que echa sangre en tus banderas tricolores ...

## III

Redentora; en tu cansado fin de raza,  
el espíritu te aguanta, no la carne;  
y tu aborto echas al mundo de esta traza  
porque en tí no queda entraña que lo encarne.

¡Oh, malgrado que esperada, prematura  
sangre estéril de unos mártires sin ara!  
Como es tierna y aun no sabe de amargura,  
la Deidad por quien morís vuelve la cara.

## IV

Francia, ayer renovadora, deja plaza,  
que ya el número apuraste de tus días;  
porque tienen sobre sí los de tu raza  
como Roma, la vejez de sus orgías.

Y esta edad de la Justicia por que luchas  
la verás desde el umbral, no desde dentro;  
y estos himnos generosos que ya escuchas  
no te aclaman, es que salen á tu encuentro.

Porque estás toda transida y macerada  
y tus ojos pasionales se alucinan,  
y á la gran Virginidad profetizada  
con lascivia, tus dos labios se avecinan.

Porque has puesto sin amor la violencia,  
vieja Francia, y cometiste gran pecado;  
y han de ser tan sólo manos de inocencia  
las que oficien en el Templo immaculado.

## V

El que acerque hasta la víctima el cuchillo  
no lo hará con el rencor de la venganza,  
y en la sangre que derrame, pondrá el brillo  
largamente bienhechor de la esperanza.

Que no están en las espinas, sino en flores  
las semillas; que ha pasado nuestra hora,  
y que nace la Ley nueva, entre esplendores  
de una bárbara inocencia triunfadora.

## VI

... ¿Qué buscáis con estas armas? ¿Vais sembrando  
el ayer en un mañana violento?...  
La Justicia vendrá al mundo, suscitando  
un campestre alborear de Nacimiento.

No vosotros, ella misma hará su entrada  
emergiendo del espíritu á la vida,  
como el agua de una fuente soterrada  
que, hace siglos, va labrando su salida...

## VII

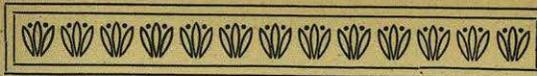
Vieja Francia: no por más equivocada,  
menos lágrimas arrancas de mis ojos;  
si me viste en pie y esquivo con tu espada,  
has de verme con tus víctimas de hinojos.

¡Id pasando, pobres muertos! Sois tributo  
que pagamos á la vieja servidumbre;  
¡que os entierren, tristes víctimas sin fruto,  
con un grito universal de pesadumbre!

## VIII

Mientras, virgen, en el tiempo, en el espacio,  
va naciendo fatalmente lo Futuro:  
ni impaciente por mostrarse, ni rehacio;  
en su fuerza, no en sus víctimas, seguro.

Como ayer, no habrá despojo en su conquista;  
sus legiones serán dueñas cuando asomen;  
que él hará — como otras veces — que, á su vista,  
las estatuas de los dioses se desplomen.



## La paz del verano



## I

Calla el ritmo fervoroso,  
corazón, de los tumultos  
ciudadanos;  
y hay pasos en el reposo  
de los senderos ocultos,  
por los llanos. . .

## II

Amigo, lejano amigo  
que amo, aunque sé que no sé  
si te ví,  
acoge lo que te digo  
en estos versos que haré  
para tí.

Conformes ayer quedamos  
en una monotonía  
ciudadana,  
y cuando nos separamos,  
á la mía respondía  
tu alma hermana.

La férrea ley de cultura,  
 los modos, lo necesario  
 colectivo;  
 la urbanidad, la mesura  
 y este abrazo al adversario  
 persuasivo;

la débil protesta ahogada  
 de nuestro pecho que aun  
 se batía;  
 y el rendir por fin la espada  
 á la Ley, que es la común  
 cobardía,

nos hicieron tan iguales,  
 pobre amigo, que no había  
 diferencia  
 entre nuestras dos morales;  
 no era tuya ni era mía  
 tu conciencia ó mi conciencia.

## III

Amigo, amigo lejano:  
 no la paz, busca la guerra  
 dura y sana,  
 en la calma del verano,  
 por los picos de tu sierra  
 castellana.

Deja lo de los demás;  
 no los libros, los peñascos  
 examina;  
 pisa nieve y hallarás  
 en el agua, no en los frascos,  
 medicina.

En la gran puesta granada  
 cuando el sol se va ocultando,  
 de hito en hito  
 mírale, no pienses nada,  
 que en el alma así va entrando  
 lo infinito.

Por los agrios cambroñales  
 que conocen los pastores  
 visionarios,  
 ve á buscar los manantiales  
 donde beben sus ardores  
 los sectarios.

Pisa recio y habla recio;  
 torna, amigo, en enemigo  
 de amistades;  
 sin orgullo y sin desprecio  
 no se imponen, pobre amigo,  
 las verdades.

Mira bien que perecemos;  
 los demás, deja que tracen  
 falsas rutas;  
 mas nosotros no olvidemos  
 que los amores no nacen  
 sin disputas.

Y el primero que mañana  
 cruce el hierro con tu hierro  
 seré yo;  
 alma amiga, alma lejana,  
 que, volviendo del destierro,  
 su enemigo me creyó.

## IV

¡Oh ciudad, unión suprema!  
 ¡Oh descanso sin descanso!  
 ¡Oh Armonía!  
 No es la paz tu diadema,  
 sino un íntimo remanso  
 de energía.

No es tu Ley límite duro,  
 sino cauce siempre en creces  
 de ancho río,  
 porque en él vaya á seguro,  
 bien sonante de altiveces,  
 mi albedrío.

Que tu férreo corazón  
 aunque devora, no olvida  
 los caudillos;  
 que les guarda un panteón  
 en tu piedra tan batida  
 de martillos.

Eres justa; mas por eso  
 pido circo y entro en él  
 con mi lanza;  
 que no en el aire, en el peso  
 de ambos platos, tiene el fiel  
 tu balanza.

Amigos los de mis días;  
 nuestros padres nos dejaron  
 el recinto:  
 si no nuestras energías,  
 del cuerpo que ellos formaron,  
 ¿quién animará el instinto?

## V

La soberbia, la futura,  
 la sonante de fervores,  
 la ciudad  
 no es un hecho, es vuestra hechura;  
 nace á golpes y á dolores:  
 ¡golpead!

Si no sois vosotros mismos  
 de sus fuerzas embriones,  
 no será;  
 y en la paz y en los abismos  
 de las mansas abstenciones  
 morirá.

Que es batalla el Universo;  
no olvidéis que las verdades,  
si no triunfan, son mentiras,  
y veréis, si vuestro verso  
da de sí, que las ciudades  
van naciendo de las liras.

### ENVÍO

Amigo, lejano amigo:  
si he puesto en tu corazón  
la fe, si  
te dí entusiasmo, bendigo  
estas estrofas, que son  
para ti.



## Democracia social



### I

Nuestros días son duros de vivir,  
que el cauce es viejo y la corriente es nueva;  
apresúrate, pueblo, á delinquir,  
hoy que cada delito es una prueba.

La antigua ley es como tronco muerto,  
y en la muerte hay fatal renovación;  
pueblo: sé fuente en la devastación  
monótona y total de este desierto.

Pueblo fecundo, cardinal, cubierto  
en los despojos de la decadencia:  
mueve tu antorcha en esta somnolencia  
del mudo ocaso y del mañana incierto.

Mira, fervientes, por el vasto imperio  
amenazado de la Europa en ruinas,  
las señales augustas del misterio  
resplandecer en todas las colinas.

## II

Mira los pueblos vacilar . . . Comidos del anhelo interior, ya no se agitan como en la edad heroica; recogidos en una sacra expectación, meditan.

Todos tienen las frentes espectrales en la hora magna del solemne paso; en las manos del pueblo y del acaso se están forjando cetros imperiales.

La Europa entera siente la caricia lívida de una aurora en sus cristales; con fango y sangre el pueblo rudo inicia la curva de unas rutas ideales . . .

Todo interés y todo honor y todo temor se extinguen ante el gran problema; porque la vida va á cambiar, de modo que ya pasa á otra sien su diadema.

## III

Pueblo sobrio y paciente, pueblo mío, oro en el triunfo, en el dolor acero; ¡decide del combate á tu albedrío, tú, que en la lid penetras el postrero!

No rechaces, cobarde, con la mano la misión que te ha sido confiada; pueblo: mira que es ella como espada y tu puño ha nacido castellano.

No fluirá el caudal del altozano si antes del mar no lo bebió la nube; sin que tu propio corazón lo incube no será tu dictamen soberano.

No esperes, pueblo, que gratuitamente el triunfo tuyo se te dé en ofrendas; no ceñirán con el laurel tu frente sino á la sombra de tus propias tiendas.

## IV

Pueblo: eres campo de tus propias mieses y granero serás de tu cosecha; entra en actividad, pueblo, y desecha toda siembra de ajenos intereses.

No, como muerto, esperes la palabra del Lázaro futuro que te evoque; antes el golpe de tus hombros abra como un milagro el funerario bloque.

La ley habrá de ser á tu manera si tú aplicas tu sangre á sus raíces; y tuyo será el himno, si tú dices la palabra primera.

No murmures, hipócrita, del dueño si, bajo el palo, te encontró sumiso; pueblo, si dudas y te rinde el sueño, no esperes de milagro el Paraíso.

## V

Sobre ti están, como árboles á orillas  
de los ríos, tus dueños, tus señores,  
tus sabios, tus poetas... Amarillas  
ramas en corrupción, fronda sin flores.

Pueblo avenido á tu mugriento cauce,  
¡oh! no les culpes, en tus ondas quietas,  
si han colgado las arpas tus poetas  
entre las ramas del callado sauce.

Pueblo sin voz, pueblo sin gesto, antiguo  
pueblo adicto á la ley que te denigra,  
pueblo esquilado en el hogar exiguo  
que, renunciando á la pelea, emigra:

vuelve en ti, ¡vuelve en tí, no como tropa  
que se acoge al mandato de un caudillo;  
vuelve á exigir en el festín tu copa  
y á afilar sobre el ara tu cuchillo.

## VI

Que de ti sólo ha de venir la vida,  
pueblo caudal. Tus manos creadoras,  
entre sus propias ansias productoras  
dan nacimiento al ritmo y la medida.

Pueblo, si vives tú, fluirá ardiente  
tu propia vida en el común concierto;  
y tú serás como la madre fuente  
y en tu esplendor se vestirá el desierto.

Yo, para entonces, ornaré mi lira  
en las rosas de sangre del combate,  
y encenderé en las llamas de tu ira  
mi peánico ardor, pueblo-magnate.

Porque, al erguirte en el supremo día,  
rebelde y creador, de la agonía  
de todo lo legal puesto á renuevo,  
sacarás en tus hombros de mancebo  
la ley que no consiente tiranía.





## La herejía (\*)



### I

Y, en una gran vitalidad, resuena  
la espiritual colmena.

Y las aulas desiertas  
al pueblo juvenil abren las puertas;  
y aun hay la quemazón, sobre unas frentes,  
de unas puestas ardientes;  
y aun hay quien trae, bailándole en los ojos,  
la visión de su aldea entre rastrojos.

Los últimos molinos  
giran en el crepúsculo, cansinos;  
cruza por una senda la pradera  
el rucio de la blanca molinera,  
que á coger flores, al azar se para  
revolviendo en las hierbas con la vara;  
sobre el puente vetusto, en la gran quieta  
de la tarde, se mueve una carreta,  
y hacen reflejo, en el caudal sereno,  
el puente, el carro y el montón del heno.

(\*) Conmemora la apertura de los cursos y de la labor universitaria, después de las vacaciones del verano.

Dicen la paz de la quietud, tranquilas,  
sonando por los hondos, las esquilas.  
A estas horas, no hay blanca chimenea  
que no humee en los techos de la aldea;  
viejas, niños, compadres y matronas  
acuden al hogar en las casonas;  
duermen en los pellejos  
los canes; hablan de Ciudad los viejos,  
y, en la sombra ancestral de la cocina,  
sobre aquel banco secular de encina,  
que está todo dorado  
en el fuego y el dejo del pasado,  
como el padre, la madre y los abuelos,  
los nietos jovenzuelos  
se sientan, por parejas, suspirando  
y el blanco estambre del amor hilando.

... Crepúsculo otoñal; átomos de oro  
en las copas eximias  
del robledal cercano, y un sonoro  
hervor, por los lagares, de vendimias...

### II

Sobre esta rica plenitud de encanto,  
la falsa ciencia va á tender su manto;  
cortarán, aprendices,  
en vuestra alma pasmada, las raíces  
de estos recuerdos; fórmulas y nombres  
matarán á las cosas y á los hombres;  
la visión de la vida que irrumpía  
armoniosa en la joven fantasía,  
caerá, rota en pedazos,  
á máximas deshecha como á hachazos.

De nada os ha servido  
lo amado, lo sentido, lo vivido;  
que esta, que fué colmena,  
ya es de fósiles viejos alhacena;  
y venís á sus aulas enfermizas,  
no á libar miel, sino á dejar cenizas.

## III

¡Oh, Ciencia-amor! ¡Oh, Ciencia, descogida  
como un sol, de la vida!  
¡Oh, Ciencia! . . . ¡Oh Ciencia-sangre y Ciencia-vino!  
¡Oh, viático y cosecha en el camino!  
¡Oh, tú que entras y sales en la vida,  
lumbre, pensada y voluntad, vivida!  
¡Oh, Ciencia, éxtasis santo y heroísmo;  
divinidad nacida de humanismo!  
¡Ciencia humana y divina,  
que eres harnero y á la vez harina;  
no polvo, sino espíritu de cosas;  
no corona de espinas, mas de rosas!  
¡Ciencia viva, patética, anhelante;  
vaso no, sino fuente en la hondonada,  
de que fluye constante  
la Ley perennemente renovada!

## IV

¿Dónde estás, Ciencia viva? . . . Tus devotos,  
¿á qué climas remotos  
emigrarán en busca tuya? Ciencia,  
no les dejes morir en abstinencia;

mira estas pobres frentes  
donde hay rumor y sol, puestas ardientes,  
crepúsculos serenos,  
verdor de trigo, emanaciones de henos,  
son de agua removida,  
amor de hembra y olor, olor á vida;  
las sacrílegas manos  
de tus falsos profetas,  
mondando sus espíritus lozanos,  
sujetarán sus ánimas inquietas.  
Ciencia, sé compasiva;  
ven á este cementerio, tú tan viva;  
entra á hacer tus oficios  
en este panteón, por los resquicios;  
sal al paso, en la calle, á los que buscan  
tu luz y con hachones les ofuscan.  
Mira, Ciencia querida,  
que donde tú no estás falta la vida;  
que, como una coraza,  
tú has de ser el amparo de la raza;  
que, en la desoladora  
noche, tu resplandor será la aurora;  
que, como aquel que vino  
á salvarnos, tú, Ciencia, eres camino. . .

## V

Y vosotros, amigos, destinados  
á la esterilidad, vasos colmados  
de frutos abundosos  
en dulce vino y en licor copiosos,  
que, porque quepa en ellos el veneno  
de la Ciencia oficial, iréis dejando